

LA TÍA PANCHITA en la cantina

POR DORIAM DÍAZ,
lectora y periodista

A la confisgada tía Panchita la conocí en la cantina de La Nochebuena (almacén en Guadalupe, heredero de un comisariato). Vivía en una caja de cartón, a la que le habían abierto una puerta y unas ventanas, ubicada en uno de los pisos superiores de un edificio levantado con puras cajas de cerveza y gaseosas. Salía a contar cuentos cuando caía el sol y se encontraban dos mundos: los parlanchines gtiillas del dueño, que no nos queríamos ir para la casa aunque ya se hacía tarde, y los habituales clientes, quienes llegaban demasiado temprano para que les sirvieran el primer trago.

Mientras unos no se iban y otros apenas llegaban, la tía Panchita nos llenaba la cabeza con historias fantásticas de animales astutos -bien bandidos-, de tontos más jugados que un rey, de la mona

de una pegajosa canción...

La tía Panchita tenía un compinche: Nelson, uno de los habituales. Solo salía cuando él llegaba, se metía en medio de las cajas y la sacaba del bolsillo de la camisa. Ella era pequeñita, tenía un vestido coquetísimo y calzaba perfecto en el dedo índice de Nelson.

Desde su casita de cartón, siempre limpiecita como un ajito, nos contaba una historia al día a mi hermana Willy y a mí. Cuando ella hablaba, nosotros, los escandalosos, los traviesos, los inquietos, enmudecíamos y nos dejábamos conducir por aquellos universos repletos de personajes fabulosos.

Cuando terminaba, siempre clamábamos, gritábamos y rogábamos por más, pero la tía Panchita era una viejecita estricta, que se despedía con la promesa de volver pronto y desaparecía en la camisa de su amigo. Al oír el saludo del cantinero (Chalo, nuestro papá) y el hielo caer en el vaso, Nelson salía presuroso de su escondite y decía que ella estaba cansada, pero que

“Cuando la tía Panchita hablaba, nosotros, los escandalosos, los traviesos, los inquietos, enmudecíamos y nos dejábamos conducir por aquellos universos repletos de personajes fabulosos. Cuando terminaba, siempre clamábamos, gritábamos y rogábamos por más, pero ella era una viejecita estricta, que se despedía con la promesa de volver pronto”.

Doriam Díaz, periodista

espacio para los carajillos y la severa reprimenda del cantinero nos obligaba a partir sin derecho a decir ni pío.

Transcurrieron muchos atardeceres así: riendo, gozando y hasta llorando con los tesoros que la tía Panchita sacaba de su arca.

No sabemos cómo pasó, pero, cada vez más a menudo, Nelson nos empezó a decir que ella no podría venir. Quiésimos sonsacarle más detalles a Nelson, pero la mirada intrasigente de Chalo nos disuadió. Por último, Nelson nos confesó que la tía Panchita se había perdido: la dejó en su caja y, luego, simplemente no estaba. No lo podíamos creer.

Dedicamos días enteros a expediciones detectivescas no aprobadas por la administración de La Nochebuena rebuscando entre las cajas de cervezas y refrescos. Hallamos la caja de cartón sucia y semidestruida, no a ella. Esa fue la primera vez que nos rompieron el corazón.

Ya las tardes no eran iguales. Idiay, yo estaba trisísima y aquel dolor no pasó

desapareciendo. A los meses

bandidos-, de tontos más ju-
gados que un rey, de la mona
que se casó con un príncipe,
de un hombre que engañó a la
Muerte e hizo polvo al Diablo,
de una flauta y su tristísima
canción acerca del inocente
asesinado por sus hermanos,
de las brujas bailando al son

de su escondite y decía que
ella estaba cansada, pero que
nos iba a contar luego una
nueva trastada del tío Conejo.
A nosotros nos brillaban los
ojos de la emoción. Quería-
mos protestar, queríamos
que volviera la tía Panchita,
pero aquel ya no era más un

iguales. Idiay, yo estaba tris-
tísima y aquel dolor no pasó
desapercibido. A los meses,
Nelson me anunció un regalo.
Contuve la respiración espec-
tante y, en esta ocasión, él no
sacó un títere de dedo, sino
un libro: los *Cuentos de mi tía*
Panchita.



La mirada de Hugo Díaz
para 'La mica'. CORTESÍA DE LA
EDITORIAL LEGADO